con Napoleón á fines de Enero, partió Almonte para Viena, á negociar con el príncipe Maximiliano la aceptación del trono en México, haciendo saber á algunos que había ido á Bruselas. Ese mismo día daba la orden el Departamento de la guerra, para que saliera violentamente un nuevo cuerpo de ejército que debía mandar Laurencez, aunque antes de que éste partiera hubo vacilaciones que se atribuyeron á negativas de Maximiliano para aceptar el trono que se le ofrecía por el gobierno francés.

La "Patrie" afirmaba que las fuerzas aliadas situadas en México, no tendrían general en jefe sino que sus movimientos se decidirían en consejo de guerra, como en la expedición á China. Ya en Febrero se había resuelto que marcharían sobre la capital de la República; pero la falta de armonía entre los aliados debía hacer más que lo que los mexicanos lograran por las armas. España había manifestado su inconformidad para colocar en el trono de México al Archiduque Maximiliano como medio de arreglar la cuestión italiana, lo que tampoco estaba de acuerdo con la política de Viena. A los que se oponían á las tramas de Napoleón III, se les contestaba que era forzoso reparar los perjuicios sufridos por franceses que residían en México, no bastando una satisfacción accidental sino que se necesitaba buscar seguridad duradera, para lo cual había que establecer en México un gobierno regular; debía procurarse la reorganización de este país, bello y magnífico, empresa para cuyo buen éxito era precisa la perseverancia.

Al llegar los aliados á México se encontrarían con un pueblo que había pasado por numerosas vicisitudes, en las que se había visto precisado á cumplir en pocos años las revoluciones que Europa había verificado en tres siglos. México debía estar en 1862 fatigado, absolutamente fatigado, después de las numerosas calamides que se atraviesan en todas las grandes transformaciones sociales, y desearía ya un descanso. Pero aun no siendo general la esperanza en el Presidente Juárez, la gran mayoría de la Nación esperaba verlo dirigirse al bien, pues que elegía para jefe del ministerio al general Doblado, considerado con bastante capacidad después que, siendo gobernador de Guanajuato y Querétaro, se le había visto establecer el orden, la seguridad y aun la prosperidad en esos Estados; el ministro norte-americano Corwin, para mostrar su opinión hacia el gobierno mexicano en esa época, indicaba á los gobiernos europeos, que se aprovecharan de los buenos momentos en que estaba México para obtener un orden regular, pues aunque el gobierno del Sr. Juárez estaba desprovisto de recursos para hacer frente á las enormes sumas de los acreedores extranjeros, no se le había de negar un plazo para regularizar los pagos. La ruptura de relaciones era aprovechada por los emigrados mexicanos que habían trabajado en esparcir por Europa sus ideas, y que cansados más que los residentes en su Patria, por las revoluciones en que habían tomado parte, querían el restablecimiento de la monarquía con un príncipe europeo, encontrando cierta oposición tan sólo en el gobierno de la Gran Bretaña.

Habiendo oido en París, lord Cowley, el rumor esparcido por los oficiales franceses, de que venían á colocar en el trono de México al Archiduque Maximiliano de Austria, preguntó al ministro Thouvenel lo que había de cierto en el asunto, y la respuesta fué que había negociaciones en tal sentido con la corte de Viena, pero que solamente eran entre dicha corte y los mexicanos presentados con ese objeto. El ministro inglés en Viena, lord Bloomfield, decía al conde de Russell en Febrero de 1862: que los mexicanos emigrados en París, parecían haber sido los autores del proyecto y también de otro que se presentó al gobierno austriaco en 1846, pero creía que no se daría en Viena mucho valor á sus opiniones, y que el gobierno austriaco objetaría de seguro la elección del Archiduque, á no ser que se le asegurara que S. A. I. había sido llamado á México por el sentimiento unánime de la población."

El Sr. Istúriz, ministro español en Londres, declaró á lord Russell, que su gobierno pensaba observar extrictamente la letra y el espíritu de la Convención de Londres, dejando á los mexicanos en la omnímoda libertad de darse el gobierno que les acomodara; pero que si en el caso de optar por una monarquía creía conveniente alguna de las tres potencias iniciar candidato para el trono, la España se reservaría también su derecho de presentar el suyo. Lord Russell escribía á Sir Charles Wyke: que si México proclamaba espontáneamente una monarquía, el gobierno de S. M. reconocería al que aquí llegara á establecerse; pero si no tenía lugar tal demostración en México, "el gobierno de S. M. estaba del todo dispuesto á negociar con las autoridades existentes que parecen tener el consentimiento y el apoyo del pueblo mexicano." Se ve por esto, que el establecimiento de la monarquía era punto principal de discordancia entre los aliados y fué el que ocasionó la ruptura de los comisarios en Orizaba.

Se sabía que el gobierno de Austria no había recibido favorablemente la candidatura del Archiduque Maximiliano, y que ningún participio había querido tomar en el asunto. Las condiciones con que Maximiliano admitía el trono, fueron trasmitidas por Mr. Seward al ministro de México; ponía por base que los aliados le garantizarían el trono por diez años, manteniendo en México las fuerzas necesarias y le darían cincuenta millones de pesos y una marina regular. Un telegrama de 1º de Marzo (1862), recibido en Nueva York, decía que el Archiduque difería su viaje á París y Londres por las dificultades con que tropezaban las negociaciones relativas á su candidatura para el trono de México.

El rey de los belgas, consejero del Archiduque Maximiliano, había recibido al principio favorablemente el proyecto de la elevación de éste al trono mexicano; pero según un despacho del ministro de los Estados-Unidos en Bruselas, al pensarlo maduramente había cambiado de parecer é interpuesto su influencia para que Maximiliano también cambiara de opinión.

Guatemala enviaba á Europa como ministro plenipotenciario, á D. Felipe Neri del Barrio, para que trabajara en las cortes de Londres, París y Madrid, por el establecimiento de la monarquía en México, asegurando á los aliados que si tal plan se llevaba á cabo, Guatemala se anexaría al reino de México.

Ocho meses habían durado las pláticas entre París y Miramar, hasta que el Ar-

chiduque dirigió al Sr. Gutiérrez de Estrada, la carta en idioma español declarando que aceptaba la corona que se le ofrecía, con la condición de que Francia é Inglaterra le sostendrían con garantías morales y materiales, tanto en tierra como en mar. El Sr. Gutiérrez de Estrada comunicó esta noticia al licenciado Aguilar, para que la trasmitiera á los miembros de la junta reaccionaria que con igual fin conspiraban en México, y descubierto el secreto fué preso Aguilar; pero el general Doblado le puso libre por faltar pruebas suficientes para que continuara en la prisión.

Se ve que la aceptación del Príncipe Maximiliano databa desde fines de 1861, en los momentos en que la expedición de las tres potencias contra México entraba en vía de ejecución, y aunque guardada en el misterio sirvió de base á las miras de la intervención francesa, que esperó atraerse al gabinete inglés y obtener su cooperación en el establecimiento del Archiduque Maximiliano sobre el trono que se le brindaba. De aquí que los agravios á franceses, el deseo de vengar los ultrajes á ellos inferidos y las reclamaciones por dinero, no fuesen más que pretextos que se subordinaban al verdadero plan de la empresa; pero se invocaron hasta el día en que Napoleón pudo inaugurar libremente su política tan llena de aventuras y que iba á poner á la Francia en completa contradicción con sus principios de no intervención.

Se pretendía por algunos que la idea del imperio mexicano y la candidatura del Archiduque, nacieron del tratado de paz ajustado en Villafranca, sin que se pueda demostrar que esto sea verdad; sí es fuera de toda duda que en tanto que la reacción combinaba nuevos esfuerzos, los emigrados mexicanos, con la protección del gobierno francés, en cuyos consejos predominaban las simpatías españolas, ofreció la corona imperial al Archiduque Maximiliano, que acababa de renunciar todos los cargos en su propio país, para retirarse á Miramar y estar listo en cualquiera eventualidad.

La Inglaterra se alejó tan pronto como le fueron conocidos los proyectos que en secreto mantenía el gobierno francés, y únicamente por la garantía inglesa pedida por Maximiliano en Octubre de 1861, se vió obligado Mr. Thouvenel á tocar el asunto en el gabinete británico, sin manifestar abiertamente sus intenciones que fueron mal acogidas por el gobierno inglés, y temiendo el ministro francés haber manifestado demasiado, respondió á las apremiantes interpelaciones del embajador de Inglaterra: "Ningún gobierno le será impuesto al pueblo mexicano." Otra vez, contestando al mismo Embajador con motivo de la candidatura de Maximiliano, sobre si había negociaciones pendientes entre Francia y Austria, dijo: "que las negociaciones eran seguidas por sólo mexicanos que se habían dirigido á Viena con tal objeto."

La España, donde por un momento había cundido el entusiasmo por las expediciones lejanas, no era favorable á la expedición á México, ni á la monarquía meditada por Napoleón; tal era el parecer de un hombre calificado por todos de claro talento y de mucha energía: el mariscal O'Donnell, quien dirigiéndose al mi-

Leoncio Detroyat

Subsecretario de Marina, ramo administrativo que dependió del Ministerio de Relaciones Exteriores en el Gobierno de Maximiliano. Limitábase la acción de Mr. Detroyat á dar cuenta del movimiento de extranjeros habido en los puertos mexicanos.

nistro de Inglaterra, Mr. Crampton, le dijo: "Con respecto á la combinación de colocar en el trono de México á un príncipe austriaco, recordaré la opinión que emití cuando se había presentado la idea de conferir la soberanía de México á un príncipe español, *me pareció tan extravagante que juzgué la idea apenas digna de examen.*" No le parecía menos el nuevo proyecto. Una monarquía aquí, con príncipe europeo, si no estaba garantizada por la Europa, no duraría un año, y garantizada y sostenida por la Europa sería fecundo manantial de desacuerdo entre las potencias europeas, y con las de América que han adoptado instituciones republicanas y rechazado la ingerencia europea en los asuntos del Nuevo-Mundo. "Ignoro, añadió el mariscal sonriendo; el parecer del ilustre personaje cuyo nombre se presenta; pero puedo repetiros lo que he dicho varias veces: que sin ser Archiduque ni príncipe sino solamente general español, y suponiendo—lo que es del todo imposible—que se me ofreciera la corona de México, no vacilaría yo un instante en rehusarla. He vivido mucho tiempo en contacto con México, cuando era capitán general de la Isla de Cuba, para no haber aprendido á conocer las costumbres y tendencias políticas de ese país, y el conocimiento que he adquirido me conduce á pensar que una monarquía con un príncipe europeo fracasaría."

El ministro de Relaciones del gobierno francés dió instrucciones al contra-almirante La Gravière, nombrado para el mando de las fuerzas militares que debían emplearse en conseguir de México reparación de agravios y el cumplimiento de obligaciones contraídas, lo mismo que iban á demandar Inglaterra y España, de cuyo acuerdo resultó la convención de 31 de Octubre, documento que le fué enviado al contra-almirante para que normara su conducta.

Debía La Gravière concertar sus operaciones con los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas, y habían las fuerzas combinadas de ocupar inmediatamente los puertos situados en el Golfo mexicano, precediendo simplemente una intimación á las fuerzas locales. El cobro de los derechos aduanales se haría en nombre de las tres potencias, bajo la inspección de diputados nombrados con ese objeto y de ese fondo se pagarían las indemnizaciones. Para las reclamaciones que cada uno de los gobiernos aliados tenía que presentar, se instalaría una comisión con el encargo de decidir lo relativo á ellas y de considerar el sistema de arreglo que protegiera los respectivos intereses. En esta comisión debía representar á Francia, Mr. Dubois de Saligny, quien unido á Sir Charles Wyke, ministro británico, debería tomar parte en las negociaciones que precedieran al restablecimiento de las relaciones regulares, debiendo consultar lo mismo que con el comisionado por España, la manera de redactar, tomada posesión ya de los puertos, el completo resumen de las condiciones á las cuales se requería que el gobierno mexicano diese su aprobación. Para que pudiera seguir todas las negociaciones, fué revestido el contra-almirante Jurien con plenos poderes, de la misma manera que lo había sido Mr. de Saligny, quedando en absoluta libertad para todo lo relativo á operaciones militares de cualquiera naturaleza, reservadas á su única decisión.

Si el gobierno de Juárez se retiraba al interior del país, las potencias aliadas